

V

Las huellas se veían en el tatuaje del antebrazo derecho de Rafa y en la cicatriz sobre su glúteo derecho, cerca del ano, pero también en el alma, esa parte del joven en la que la angustia y la pena dormían juntas. Primero había experimentado un miedo paralizador ante el mal desconocido. Luego quedó preso de la bronca por lo injusto y finalmente, cuando no tuvo más remedio que la resignación, de un dolor que parecía eterno y no se podía compartir. Su cuerpo había pasado a ser una bolsa de basura y piedra. Por eso, lo único que le preocupaba era no bajar la guardia, evitar perder esa tensión que le permitía estar atento y mantener la fortaleza para aguantar los embates enemigos. Y así no había espacio para mucho más, menos el amor.

Pero de alguna manera tenía que sentirse vivo y dejar de padecer la vida que, de todas formas, le estaba dando una segunda oportunidad. Por eso, de tanto en tanto, merodeaba la casa de Karina para verla de nuevo, aunque sea a la distancia y desde las sombras, y creer que no estaba inmerso en una pesadilla.

Así pasaron varios meses hasta que Rafa finalmente debutó en *El Nápoli*. Y fue justamente en un partido memorable, no por el resultado final, que no sorprendió a los jugadores, pero sí de la manera en que se llegó al mismo y, sobre todo, un detalle en el desarrollo que podría haberlo cambiado todo.

Si bien el joven no se perdió ni un solo entrenamiento del equipo, más por una cuestión de capacidad que de deseo, en los últimos sábados no había podido ir a jugar los partidos por el campeonato ya que la madre de Claudio enfermó y no lo pudo cubrir en *Scampia*.

Es que a la mujer le habían detectado un tumor en un pulmón, producto de fumar en exceso, que le había hecho metástasis en el cerebro, por lo que debía someterse a un

riguroso tratamiento con Rayos X y medicamentos, y si esto no funcionaba, quimioterapia.

Por ello, la madre de Claudio debió permanecer en su casa la mayor parte del tiempo y cuidar de su frágil salud. Encima, los medicamentos que le recetaban eran muy caros, por lo que su hijo debía invertir mucho dinero en ellos y, por ende, no podía descuidar su trabajo en la oficina ni el del club.

Durante aquel tiempo, Rafa llegó a una tregua con sus padres, en especial su madre, y vivía en relativa paz, al menos por lo que se veía desde afuera. El hecho de estar trabajando lo mantenía a ocupado y le aportaba ingresos para tener cierta autosuficiencia económica, pero la mamá no estaba satisfecha del todo, por lo que insistió en que debía de estudiar una carrera para en un futuro convertirse en un profesional como su hermano Horacio y evitar así que le pasé lo mismo que “al boludo” de su padre, que por no haber tenido un título universitario, tras perder su trabajo en el banco, se quedó casi fuera del mercado laboral.

Rafa sabía que no era así la situación de su papá y que su madre hablaba sólo por resentimiento. Pero su magro sueldo no le alcanzaba para alquilarse algo y vivir solo, por lo que buscó qué estudiar y así tratar de complacer a Elena y que ésta lo dejase tranquilo.

A partir de los entrenamientos, y motivado por Pedro, Rafa comenzó a disfrutar de la Educación Física y decidió empezar el Profesorado en el terciario del Socorro. Claro que estos estudios no agradaron a su madre, que pretendía una carrera universitaria.

El estudio se sumó al trabajo y entre ambos hicieron que Rafa comenzara, a su vez, a sentirse frustrado por entrenar y no poder jugar. La bronca era mucha porque aquel equipo se había convertido en poco tiempo en su pequeño mundo, una especie de

refugio de su reciente pasado. Es más, fuera de ese ámbito no mantenía otras relaciones personales. Un poco por desconfianza y otro porque a quienes alguna vez había considerado amigos ya no estaban.

Para septiembre, la madre de Claudio ya estaba bastante mejor, o por lo menos estable, y quiso empezar a salir de su casa para cortar con aquel encierro torturador que no hacía más que revivir la muerte en directo. Por eso, Claudio acordó rápidamente que fuera a reemplazarlo a Rafa en el club, lo que se concretó a mediados de ese mes, cuando *El Nápoli* enfrentó a *Santana* en la cancha 1.

Desde aquella derrota ante *Toronto* por 6 a 4, el equipo había disputado una docena de partidos, con cinco triunfos, cuatro derrotas y tres empates. La primera ronda del torneo había sido bastante buena ya que había caído sólo ante *El Naranja*, que utilizaba casacas de ése color, y el plantel se había mantenido con expectativas gracias a los tantos de Claudio y Mario, más la aparición goleadora de Nazareno.

Sin embargo, a partir de la lesión de Gerardo y cierta fragilidad defensiva, como de carencia de volumen de juego en el mediocampo, se habían incorporado dos jugadores: “el Cordobés”, como defensor; y “el Toro” como manija. De hecho, este último había convertido uno de los goles en el 3 a 2 frente a *La Quebrada*, en el arranque de la segunda rueda del campeonato.

En tanto, *Santana* mostraba un verdadero equipazo, en especial, a partir del juego que desplegaba el 10, un pibe que había llegado a jugar en la segunda categoría del fútbol profesional español. Es más, en la primera ronda ya había vencido a los napolitanos por 3 a 1, por lo que llegaba como amplio favorito.

Y no defraudó en la casa de apuestas ya que rápidamente se puso arriba en el marcador con un claro y contundente 2-0, lo que calentó los ánimos en los jugadores del

Nápoli que ya percibían una nueva e inevitable derrota ante el mismo rival. Para colmo, los contrarios también eran temperamentales y así las jugadas fuertes y las agresiones fuera de lugar se tornaron recíprocas.

A Rafa le tocó entrar en el segundo tiempo, cuando su equipo ya estaba 2-4, con goles de Claudio y Mario, y con tres jugadores menos por expulsión.

Faltaban pocos minutos para el final y *El Nápoli* atacaba buscando descontar, acercarse aunque sea en el marcador ya que revertir el resultado era casi imposible.

El joven se paró en la mitad de la cancha y detrás de él sólo quedaba Andrés, de último hombre, quien enojado y cansado se le acercó para hablarle aprovechando que había un córner a favor y la pelota estaba detenida.

-¡Qué boludos que somos, por Dios! Ya no lo vamos a dar vuelta, así que hay buscar otra forma de ganarlo, loco.

-Ya fue Andy, no te calentés.

-¡¿Y cómo querés que me ponga?!

Rafa miró a su compañero nervioso que, de pronto, comenzó a señalar con sus dedos a los jugadores rivales. Tras lo que pareció un conteo, Andrés hizo una mueca cómplice y rio con ironía.

-¡Ya sé!

-¿Qué? -preguntó Rafa sin entender.

-Hay que pelearse con alguno de ellos así le echan a uno más y nos dan el partido por ganado.

Rafa no sabía su compañero hablaba en serio hasta que él mismo contó a los rivales y se dio cuenta de que eran sólo siete porque habían sufrido cuatro expulsiones.

Pero la loca idea de Andrés nunca llegó a concretarse y el resultado final no cambió, por lo que en el vestuario se vieron algunas caras largas, pero no todas. Rafa

estaba contento por su debut y porque, por primera vez en mucho tiempo, tenía un rato libre un sábado a la tarde en vez de estar en *Scampia* viendo como los demás jóvenes de su edad se divertían.

Después de tomar y comer algo en el buffet del viejo Rómulo, en momentos en que los restantes compañeros se iban, Andrés se acercó a Rafa mucho más relajado, como si el duelo por la derrota ya hubiese pasado.

-¿Qué hacés hoy a la noche?

-Creo que nada, ¿por?

-Porque es la primera vez que nos vemos un sábado y podemos arreglar para que salgas con nosotros.

-¿Con quiénes?

-Con Naza y unos amigos nuestros. Siempre salimos por Quilmes, así que si querés, te aviso y nos juntamos.

-Bueno, dale. Llamame al club que hoy voy a estar hasta tarde ahí.

-Listo. Te llamo y arreglamos.

Rafa vio cómo su compañero se subió al auto de Nazareno y junto a Marcos abandonaron el predio, mientras Claudio lo aguardaba en su camioneta para acercarlo hasta *Scampia*. La memoria emotiva del joven parecía haberse despertado y funcionar a pleno porque se sentía exaltado por la idea de poder pasar una noche acompañado, sin miedo a que terminara mal o parecida a las de antes.

El primer sábado de noviembre fue el último partido de la temporada y *El Nápoli* enfrentó a *General Belgrano*, un rival con muy buenos jugadores pero con un alto promedio de edad, por lo que les molestaba disputar un encuentro en el que había

que correr y meter hasta el último instante, como si fuera una verdadera final a pesar de que la tabla de posiciones reflejaba otra realidad bastante más pobre de resultados.

Ese día era el cumpleaños 21 de Andrés y después del partido arrancaban los festejos en la casa de éste, y el plan era extenderlos durante la madrugada en el local bailable *La Selva*. Y desde que había empezado a juntarse con Andrés, Nazareno, Gabriel y los amigos de éstos, Rafa había vuelto salir de noche por los bares y otros boliches como *Nuevo Milenio*, el de mejor nivel, no sólo de Quilmes sino de todo el sur del conurbano.

Siempre había querido frecuentar esos locales nocturnos pero cuando se juntaba con Luisito, éste proponía otros lugares que, según él, eran “menos careta”. Ahora, Rafa tenía una nueva oportunidad de volver a hacer lo que realmente quería, sin sentirse criticado o menospreciado por sus pares. Además, ya había cambiado sus viejos hábitos nocivos y, de momento, no tenía ni la más mínima intención de volver a recurrir a ellos. No es que estaba en el mejor momento de vida pero, al menos, debía lidiar con menos problemas.

El triunfo por 2 a 1 con goles de Claudio y Gerardo (ya recuperado de la lesión muscular y de su desgastante trabajo como coordinador de viaje de egresados a Bariloche) disparó el estado de ánimo no sólo del cumpleañosero y de sus compinches, sino de todos los demás jugadores ya que el equipo terminó en el sexto puesto, con el 59 por ciento de los puntos ganados. Claudio fue la figura con 22 goles, el doble de Mario y casi la mitad de todos los convertidos por *El Nápoli*.

En ese último partido se definió el goleador del torneo, título que se disputaron Claudio y “Richard”, el 9 de *General Belgrano* que, curiosamente, también tenía de compañero a un hermano suyo.

Es más, durante el encuentro, al delantero napolitano lo marcó el hermano de Richard, mientras que a éste lo siguió Martín. “¡La puta madre! ¡Te dije que estuvieras encima!”, le terminó reprochando Richard a su hermano luego de que Claudio marcó el gol del triunfo, de cabeza, y se convirtió en el máximo anotador del certamen.

-Entonces, ¿quedamos así? A la noche, cuando salgas del laburo te venís a casa o nos encontramos por Quilmes. No me falles, eh, mirá que hoy hay que festejar -dijo Andrés a Rafa mientras éste se terminaba de secar en un vestuario repleto de sonrisas.

-Además, mañana es el cumpleaños de Gabi, así que empezamos a festejar después de las doce -intervino Nazareno.

-Quédense tranquilos que me prendo seguro -afirmó Rafa.

Las luces multicolores, el humo y el estruendo mareaban a Rafa cuando salió del salón cerrado de la pista del fondo del boliche repleto de gente que lo empujaba y pisaba sin querer, aunque él se lo tomaba de manera personal. “Es la falta de costumbre”, se dijo mientras trataba de encontrar con sus ojos nublados a Andrés, Nazareno, Gabriel y los demás chicos con los que había estado bebiendo toda la noche. Los vio a lo lejos, aunque en realidad se encontraban más cerca de lo que él creía. Quiso acortar esa distancia rápidamente pero se olvidó que había unos escalones desde el salón hasta la pista y trastabilló. Logró hacer equilibrio y no se cayó. Pero se chocó con una atractiva morocha que estaba bailando junto a sus amigas y la abrazó instintivamente, en parte por deseo pero también para no terminar tirado en el piso haciendo el ridículo.

-¡Ey! ¿Dónde está Rafa? -preguntó Andrés a los gritos.

-No sé. Venía atrás nuestro -respondió Nazareno.

-Este pibe está tan en pedo que se va a perder.

-No se preocupen -intervino Gabriel-. Ya lo encontré -agregó al tiempo que señalaba hacia una de las columnas que rodeaban las pista donde Rafa estaba a los besos con la morocha.

Tras un apasionado y breve mano a mano, Rafa liberó a la joven de su boca y sus brazos y ésta lo apartó ligeramente con su brazo, marcando distancia y dejando en claro que el momento ya había pasado.

-Mirá Rafa. Todo bien, pero no puedo estar con nadie ¿Entendés?

-Sí, Cintia, te entiendo. Igual, no te estoy proponiendo nada serio. Sólo te dije que desde que te vi la primera vez en la estación de servicio me gustaste y no lo puedo evitar.

-Vos también me gustaste pero, hoy por hoy, prefiero estar sola ¿Sí?

-Seguro. No te hagas drama. No te voy a perseguir porque yo sé cómo es querer estar solo. A mí muchas veces me pasa lo mismo.

-Bueno, mejor. Así queda todo bien entre los dos y podemos vernos sin problemas.

-Podemos ir alguna vez a tomar algo o al cine.

-Tampoco tanto Rafa. Dije de vernos, pero como amigos.

-Está bien, está bien –se resignó el joven y luego volvió a besar a Cintia en el cuello mientras ella, con una risita nerviosa y mucha sutileza, alejaba su cuerpo del de su nuevo “amigo”.

¡Qué temprano me desperté! ¿Qué hago ahora? Todavía faltan varias horas para ir a trabajar y tampoco voy a ir mucho antes porque la verdad es que no tengo ganas. Estoy muy cansado, pensó Rafa mientras ponía la pava sobre la hornalla en una desnuda

cocina. En la planta alta sus padres aún dormían. Habitualmente se levantaban a media mañana, cuando él ya se había ido o estaba a punto de hacerlo.

Podría lavar el auto del viejo, así se pone contento, pero todavía está fresco para mojarse. La cagada es que si no se lo lavo, después de habérselo usado el fin de semana para salir con los chicos, se va a enojar conmigo. Bueno che, tampoco es tan urgente, analizó al tiempo que se cebaba el primer verde.

Rafa sentía la necesidad de no empeorar la situación anímica de su papá. Suficiente tiene con bancarse a mi vieja, se dijo. Luego dejó el pan con manteca que se había preparado en el plato, sobre la mesa, a pesar de que tenía bastante hambre como para devorarlo de un solo bocado. Estoy echando panza y soy demasiado joven para ser gordo. Si al menos tuviera una novia se justificaría, continuó él con su derrotero mental.

Al joven lo invadió en aquel solitario y silencioso momento un deseo imparable de ir a ver a Cintia. Pero ella había sido clara al rechazarlo y, además, los chicos le habían dicho que la dejara sola un tiempo para después volver a intentarlo. Pero Rafa estaba cansado de esperarla y de esperar en general.

Podría ir a tomarme un café a la estación de servicio. Pero, ¿y si se enoja? Mejor no. Y si los chicos se enteran después me van a cagar a pedos, pensó. ¡Uy! ¡Qué quemado estoy! Sigo perdiendo el tiempo en boludeces. Va a ser mejor que me deje de hinchar las pelotas y me vaya al laburo, así hago algo útil con mi vida. Pero, en realidad no tengo ganas ¿Y si no voy? No pasa nada a esta hora. Además, nunca falté y por lo que me pagan unas horas menos no le van a hacer mal a nadie. La cagada es si se llega a dar cuenta Claudio ¿Qué le digo después? ¿Con qué cara?, reflexionaba sin cesar mientras la segunda pava de agua ardía en un fuego azulado y con vetas violáceas.

Rafa recordó entonces que esa noche tenía que ir a rendir un parcial al Profesorado para el cuál no había estudiado demasiado. Pensaba leer un poco más en el

club aunque bien podía hacerlo en aquel momento donde nadie lo molestaba en su casa, excepto él mismo. Pero era justamente su cabeza la que estorbaba y a la que, sin dudas, había que darle algo para que se entretuviera.

Subió hasta su habitación y regresó en punta de pies hasta la cocina con los apuntes para estudiar. Puso la segunda pava a un costado y empezó a chupar de la bombilla al tiempo que sus ojos rojos recorrían frenéticamente el papel delante de su rostro. “No puedo estudiar ahora. Me duele mucho al cabeza”, se dijo en voz baja.

“¿Cuándo carajo me volví tan buen pibe?! Igual, nunca fui malo, sólo pelotudo ¿O no me di cuenta todavía? Entonces, si siempre hago o trato de hacer bien todo lo que me piden los demás, ¿por qué mierda me preocupo tanto? ¡Qué se vayan todos a la mierda!”, gruñó mirándose al espejo del baño del living comedor, donde había ido a mojarse la cara para despabilarse un poco. Inútil aquella tarea porque estaba muy despierto. “Siempre termino haciendo lo que quieren los demás ¡Qué boludo! Nunca me fue bien así”, reflexionó abatido.

Finalmente, aquel día el joven lavó el auto de su padre, llegó puntual al club, en los ratos libres estudió un poco más y a la noche rindió bien. Y así regresó a su casa agotado y a la vez enojado porque sabía que cuando la misma situación se le presentase de nuevo, iba a proceder exactamente igual.

Cuando Rafa me contó esta situación no pude evitar pensar en lo desagradable que resulta saber con anticipación qué es lo que va a pasar. No hay sorpresa ni expectativas y prevalece la preocupación sólo por lo malo que se avecina. Quiénes no saben qué sucederá suelen ser más optimistas y ven el lado positivo de cada asunto. En definitiva, las cosas no cambian, lo que sí cambia es la forma de interpretarlas.

VI

El país estaba en llamas, preso del caos y al borde de la anarquía mal entendida. Una banda de delincuentes secuestraba al hermano menor de Riquelme y lo liberaban tras cobrar un abultado rescate y Bielsa definía la lista de jugadores para ir al Mundial de Corea-Japón; mientras tanto, *El Nápoli* se aprestaba a debutar por el Torneo Apertura ante *Deportivo Amistad*. Rafa estaba tan entusiasmado con aquella situación que había invitado a Cintia a ver el partido a pesar de que sabía que la joven no iba a ir ya que mantenía firme la distancia que había marcado desde aquel encuentro en el boliche.

Las hojas amarillas de abril adornaban los árboles y el pasto se sentía crocante en los alrededores de la cancha 3 en la que los jugadores napolitanos se disponían a enfrentar a su rival de turno. Ya no estaba Waldo como entrenador porque había decidido dejar ese puesto para terminar de curarse de su rodilla, además de atender sus compromisos familiares, laborales y universitarios. En su lugar apareció su hermano Ulises, quien, a diferencia del ex director técnico, no iba a cumplir con la doble función de dirigir y jugar. Es más, con su llegada quedó claro que no estaba dispuesto a hacer demasiadas modificaciones, por lo que sólo incorporó al plantel a Conrado, el menor de los hermanos y apenas un adolescente.

Se suele decir que “técnico que debuta, gana” y en el caso de Ulises esta regla se cumplió. Fue un claro 3 a 1 con goles de Nazareno, Gerardo y Claudio, por lo que al finalizar el partido todos estaban contentos. Rafa charlaba con los chicos mientras permanecían sentados en uno de los bancos de cemento y madera ubicados junto al alambre lateral de la cancha 1, a metros del buffet del que el Cordobés no paraba de traer cervezas que mezclaba con jugo dentro de unos vasitos de plástico blanco que se vaciaban volando al compás del viento sudeste, una postal del otoño quilmeño.

Rafa apuró un sorbo de uno de aquellos vasos debiluchos y por arriba del borde de plástico vio una figura inconfundible, tan atrapante como un laberinto. Era Cintia, quien caminaba hacia él muy lentamente, como anunciando su llegada pero sin querer llegar, sino pretendiendo que el joven fuera a su encuentro en un punto medio del trayecto que los separaba.

-¡Hola! ¿Qué hacés acá? -preguntó Rafa cuando se encontró a unos pocos pasos de la chica.

-Vine a ver el partido, como me dijiste. Pero me parece que llegué tarde, ¿no? -respondió ella y luego lo saludó con un beso en la mejilla.

-¡Qué lástima! Te perdiste un gran triunfo. Igual, no importa. Lo bueno es que viniste.

-Te felicito -indicó Cintia mientras se retiraba unos pasos al advertir el cuerpo sucio y sudado de Rafa.

Si no estuviera todo roñoso, como te partiría la boca, pensó el joven, cuya sangre volvía a circular descontrolada, como si estuviera disputando la última pelota del partido.

-Si querés, quedate un rato. Yo ahora me baño y comemos algo -propuso él.

-Bueno, dale. Te espero acá.

Rafa regresó hasta donde estaban los chicos y les imploró para que le prestaran ropa y artículos de limpieza para poder bañarse ya que él se había olvidado el bolso con todo aquello en su casa. Tenía la cabeza tan metida en el partido que había ido ya cambiado, con el botinero en la mano y listo para jugar. Disimuladamente, sus amigos le cedieron una remera y un jean, jabón, champú y una toalla, pero a nadie le sobraba medias y un calzoncillo, por lo que después de ducharse se puso las zapatillas sin medias y la ropa interior sucia la tiro en un cesto para la basura de unos de los baños.

Rafa y Cintia caminaron por el playón de asfalto del estacionamiento que bordeaba la costanera del río. Habían almorzado una porción de bondiola de cerdo con papas fritas en la parrilla *El Paisano* que funcionaba en una sencilla casona deteriorada y ubicada sobre la avenida, frente al río y a media cuadra de la entrada al club. Ahora, la pareja paseaba para hacer la digestión en medio de una amena charla. Hablaron de todo un poco, más que nada de lo trivial, como las actividades diarias de cada uno, aunque ambos ya las conocían al dedillo desde hacía meses. Aquellos temas eran sólo una excusa para verse las caras y decidirse de una vez a despojarse de las inseguridades y apostar por el deseo, sin temor ni prejuicios.

Rafa estaba muy nervioso ya que, si bien la aparición de la joven en el club respondiendo a su invitación indicaba que Cintia finalmente iba a ceder, no quería volver a sentirse rechazado. Por lo que optó por estudiar cada uno de los movimientos y palabras de ella.

-El otro día me encontré con Nazareno, ¿te dijo? -le contó la joven mientras se sentaba en el cantero de uno de los paraísos, de frente al agua turbia y revuelta.

-No, no me dijo ¿Dónde?

-Pasó por la estación de servicio. Me dijo que iba para lo de Claudio.

-Mirá vos. No sabía nada.

-Y estuvimos hablando un rato. Parece un re buen chico.

-Sí, es buenísimo. Todos los chicos del equipo son re copados.

-Además, me dijo cómo llegar hasta acá, porque vos no me explicaste.

-¿En serio? ¡Qué tarado! Perdoname.

-Ya fue. Eso sí, la próxima vez que me invites a un lugar, decime donde queda, por lo menos ¡Jajá!

Luego, la chica miró a Rafa con una sonrisa y descubrió que el joven tenía sus ojos puestos en ella. Entonces apoyó su mano derecha sobre el hombro izquierdo de Rafa, quien acercó su torso hacia el de la chica hasta quedar separados por centímetros.

En aquel momento no cabían más palabras, sólo un par de miradas tiernas y un beso profundo que los unió de una manera mucho más sincera que aquel primer encuentro en *La Selva*.

Después de pasar un largo rato a los mimos, Rafa y Cintia fueron caminando de regreso hasta la parada de colectivos. Y mientras esperaban abrazados a que llegara el próximo micro, él le preguntó:

-Y cuando hablaste con Naza, ¿él no te contó nada?

-No, ¿por?

-Por nada.

-Ahora decime -insistió ella.

-No es por nada, en serio -aseguró él al tiempo que recordaba que en las últimas vacaciones, después de una salida con los chicos en la que se pusieron a hablar de cómo eran los noviazgos de cada uno, él lloró por primera vez desde que había regresado de Varela. Hasta ese momento, el último antecedente había sido el llanto desgarrador del día después del incidente en Plaza Conesa, cuyas imágenes lo visitaban con frecuencia en sus pesadillas.

Rafa estaba sentado detrás de la barra del buffet cobrándoles la cancha a unos chicos que acababan de patear un rato y ahora bebían unas gaseosas cuando Claudio entró serio y, a la vez, desganado. Faltaba poco para empezar el entrenamiento y la probabilidad de tener muchos jugadores presentes era baja. Es que la derrota 2-5 del sábado anterior por la cuarta fecha del torneo había sido durísima para el ánimo del

Nápoli ya que significó la segunda del campeonato, cuya obtención quedaba lejísimo. Es que después del triunfo en el debut, vino una derrota y un empate, en los que sólo se destacaron Gerardo en la delantera al marcar un tanto en ambos encuentros y Silvio, quien desde el costado izquierdo de una defensa que buscaba ansiosamente una mayor solidez convirtió dos goles: en la igualdad y en la dura caída de la última fecha.

-¿Qué pasa Clau que tenés esa cara? ¿Quilombos de laburo? -preguntó el empleado a su jefe que desmoronaba de espaldas sobre una silla y dejaba caer a su lado, sobre el piso, el bolso en el que llevaba la ropa para cambiarse.

-El laburo bien. Me tiene mal *El Nápoli*.

-Y sí, el sábado jugamos mal.

-Eso no es nada. Me acaba de llamar Ulises y me dijo que no va ser más el técnico.

-¡Uh! Qué cagada. ¿Y ahora?

-No sé. Naza y Marcos me dijeron que ellos tienen a un entrenador. Yo no lo conozco, pero dicen que es bueno. Así que vamos a ver.

-Che, ¿y Waldo qué va a ser?

-Él me dijo que no quiere ser de nuevo el entrenador porque ya se recuperó de la rodilla y quiere volver a jugar. O sea que muchas opciones no nos quedan.

Claudio se levantó con esfuerzo y se dirigió al vestuario a cambiarse mientras Rafa terminó de ordenar las mesas y sillas que habían quedado desperdigadas por el buffet luego de la partida de los últimos clientes. El joven tomó la escoba y empezó a barrer el polvo hacia la puerta cuando vio que se estacionaba el Fiat Palio de Nazareno y su hermano.

Rafa luego se dirigió a la parte anterior del buffet a llevar algunas bolsas con basura y al regresar vio a un hombre canoso, de baja estatura, sentado en uno de los

bancos, solo. Al advertir la presencia del joven, este hombre se paró con muchísimo esfuerzo y caminó hacia él para saludarlo porque si bien nunca antes se habían visto, el visitante claramente sabía quién era el anfitrión.

El joven notó que aquel hombre, que aparentaba más edad de la que realmente cargaba, rengueaba y temió que se tratara de una lesión reciente.

-¿Está bien señor?

-Sí, sí -respondió el hombre extendiéndole su mano para saludarlo-. Soy Leopoldo. Mucho gusto.

-Rafael ¿Puedo ayudarlo? ¿Busca a alguien?

-No, no. Estoy esperando a Nazareno y a Marcos que fueron a buscar al primo al vestuario y ahora vuelven. Pero no sé por qué tardan tanto.

-No se preocupe. Yo los voy a buscar. Espere acá -señaló el joven sin entender que ocurría y emprendiendo una rápida marcha hacia la puerta, donde se topó con Nazareno.

-¿Quién es este viejo? Me dijo que los está buscando -preguntó a su amigo por lo bajo.

-Es el nuevo técnico del *Nápoli*, papá.

Ulises dejó ser el director técnico y su lugar fue ocupado Leopoldo, hincha de Peñarol de Montevideo, su tierra natal. Por primera vez, alguien externo al círculo de amigos, familiar y compañeros de trabajo ingresaba al equipo y desde ese lugar comenzó a imprimirle al plantel un poco más de seriedad y, sobre todo, mentalidad ganadora. No es que antes los chicos salían a jugar sin deseos de triunfar, nadie lo hace, ni siquiera en el amateurismo, pero Leopoldo se dio cuenta enseguida de las

limitaciones y capacidades de cada uno de los jugadores y cómo había que jugar en función de esos recursos con vistas a obtener los mejores resultados posibles.

Esa actitud fue motivo de polémica hasta el último día del entrenador en el equipo ya que muchos jugadores criticaban que se trataba de un estilo de juego defensivo, especulador y que sólo buscaba el triunfo; lo que iba en contra del placer de jugar bien y lindo, algo que muy pocos podían hacer aunque todo jugador procuraba lograrlo.

El debut de Leopoldo fue la segunda semana de mayo, con un triunfo por 3 a 1 ante el buen equipo de *Abogados*. Los goles los convirtieron Nazareno, Marcos y el Cordobés.

Pero Rafa se perdió gran parte del inicio del ciclo del nuevo técnico ya que tenía que cursar los sábados a la mañana en el Profesorado. Pero siguió entrenando durante la semana, más que nada por el placer de jugar a la pelota con sus amigos, a los que veía cada vez menos porque entre el trabajo, el estudio y Cintia ya no le quedaba demasiado tiempo libre. Casi como un espectador de lujo vio al equipo terminar el Apertura con casi el mismo plantel y sendas derrotas ante los ya clásicos *La Quebrada* y *Gavilán*. Por entonces, “Roma”, delantero del primero de esos rivales, y “Maxi”, el diez del otro rival de remera azul como la de la selección de Italia, habían adoptado la maldita costumbre de marcarle al *Nápoli* en prácticamente todos los partidos.

En tanto, al final de esa rueda se logró un empate ante *El Naranja* y se consiguió el noveno puesto en una tabla de 16 equipos, una cifra récord ya que el torneo iba ganando prestigio y cada vez más conjuntos querían disputarlo.

VII

Cintia vivía con su hermano menor y su madre en una humilde casa prefabricada a metros de avenida Lamadrid, en el límite entre Quilmes Oeste y la vecina localidad de Bernal. En esa zona, más precisamente donde alguna vez funcionó un predio de la ex Aguas Argentinas, se ubica la villa denominada “Los Eucaliptos”. Y por uno de los pasillos de la misma vivía el padre de la joven, quien se había separado de la mujer poco después de 2001, cuando se quedó no sólo sin trabajo formal, sino también sin “changas”.

Rafa y su novia descendieron del colectivo 257 en la esquina de avenida La Plata y caminaron varias cuadras por Lamadrid ya que la madre de Cintia los esperaba para cenar. Él había insistido en que no era necesario pero ella le dijo que su mamá quería conocerlo y prepararle “algo rico”. Ante esa insistencia casi caprichosa, el joven compró un vino tinto para acompañar la comida y agradecer la atención.

Después de meses de noviazgo ella se había decidido, al fin, a llevarlo a su casa por más precaria que ésta se viera. “¿Te vas a animar a venir al barrio?”, bromeó Cintia cuando la pareja acordó realizar la cena. “Mirá que no es como el tuyo, eh”, agregó ella con ironía.

Si bien Rafa vivía en una casa de las denominadas “bien”, con una familia “bien” y en un barrio “bien”; en Varela había conocido lugares mucho peores, por lo que su visita a lo de su novia era como un paseo.

Por eso no se asustó al ver las veredas todas rotas, un jardín pequeño que era pura tierra y una construcción con paredes de madera pintadas de verde agua y techo de chapa, tipo chalet pero sin tejas y con piso de cemento alisado. Lo que sí le llamó la atención, a pesar de que su novia le había avisado, fue la presencia de Gustavo, el

hermano de Cintia, quien padecía un retraso madurativo moderado y un cuadro epiléptico por culpa de un enfermero del hospital municipal que al momento del nacer le había colocado los fórceps al revés y apretado el cráneo produciendo un hundimiento óseo irreversible.

-¿Te molesta mi hermano? -preguntó Cintia a su novio mientras su madre Susana lavaba los platos con la ayuda de su hijo luego de haber compartido unos fideos con tuco y pesto, un plato acorde para combatir el frío invernal que atravesaba las delgadas paredes.

-¡¿Qué?! ¡¿Estás loca?! Ni ahí. Pasa que me cuesta entenderlo cuando habla y por eso le contesto medio seco. Pero todo bien. ¿A vos te molesta?

-A veces, sí. Pero más que nada me lástima. Igual, lo adoro con toda mi alma.

-Seguro. Me pasa algo parecido con mi viejo.

En ese momento, Susana escuchó a Rafa y volviéndose hacia la mesa intervino en la conversación.

-Pero si tu papá, por lo que me dijo mi hija, es un tipo sano, normal. ¿Qué problema serio puede llegar a tener?

-Disculpe, señora. No estaba comparando una cosa con otra.

-A mí me pareció que sí.

-Quizás me expresé mal. Sólo quise decir que todos tenemos problemas.

-Bueno, bueno, no discutan -intercedió Cintia vislumbrando una cruce de opiniones sin sentido.

Susana siguió acomodando los platos y cubiertos que aún despedían ése aroma aceitoso a ajo y perejil, mientras Gustavo ahora estaba sentado frente al televisor, callado, inmerso en su propio mundo. El huésped se paró y, automáticamente, Cintia hizo lo mismo.

-Gracias por la cena. Estuvo muy rico.

-¿Ya te vas? -preguntó la joven.

-Sí. Mañana tengo que ir al Profesorado temprano y muy tarde el bondi no pasa para aquel lado.

-Está bien. ¿Te enojaste? -inquirió la muchacha cerca del oído de su novio.

-Y... -respondió él por lo bajo, evitando que Susana escuchara aquel diálogo.

-Bueno, mi vieja un poco de razón también tiene -sostuvo ella mientras ambos se apartaban de la cocina rumbo a la puerta.

-Mirá, no pretendo que te pongas de mi lado. Pero tu mamá no conoce nada de mi familia y vos mucho tampoco, que digamos.

-Pero eso es porque nunca me contás nada.

-Si querés, te cuento. Y también podés venir a cenar a mi casa, así conocés a mis viejos directamente.

-Dale, yo no tengo problemas. El que no quiere sos vos porque preferís que ellos no me vean.

-¡Mirá quien habla! Si vos pensaste lo mismo de mí y nada que ver.

-Ya fue. Dejalo ahí. Mañana hablamos. ¿Te acompaño a la parada?

-No. Dejá. Quedate.

Rafa saludó a su novia con un beso corto y seco en la boca, y luego se fue solo a la parada al tiempo que Cintia permaneció observándolo todo el trayecto desde el umbral de la puerta de su casa.

No hay caso che. Otra vez sopa ¿Cuándo carajo voy a aprender?, pensó el joven a medida que se acercaba a la parada entre los haces de una luz débil que partía de los flacuchos postes de alumbrado público ubicados a los costados de la avenida y torcidos por los vientos de la sudestada.

Cintia recibió la tan mentada invitación para conocer a sus suegros y compartir una comida en la casona de ellos con mal agrado. Es que su novio aprovechó que el domingo Brasil y Alemania disputaban la final del Mundial de Corea y Japón para organizar un almuerzo y, de postre, sentarse junto a su padre a ver el partido mientras las mujeres podían hablar entre ellas y llegar a conocerse mejor.

Elena había estado tan expectante por conocer a su nueva nuera que preparó un verdadero banquete. Cuando los chicos llegaron se encontraron con la mesa ya puesta, la más fina vajilla de la casa (uno de los mejores y más preciados regalos de bodas que habían tenido la mujer y Ángel) y el aperitivo listo. Rafa, desacostumbrado a tanto nivel, miró como su madre, más sorprendida que él, saludaba formalmente a Cintia con un beso en la mejilla.

-¿Qué preparaste de rico, má?

-Es vodka con ají y miel. Sírvanse hijo, que mientras tanto yo voy a llamar a tu padre y a revisar cómo está la comida en el horno.

Cintia ya se sentía incómoda por toda aquella situación pero trató de disimularlo, aunque su novio se dio cuenta de lo que estaba sintiendo.

-¿Siempre comen así?

-No, nunca. Es la primera vez en muchísimos años. Bueno, es un momento especial, ¿no?

-Sí, seguro. Sólo me llama la atención.

-Te habías hecho otra idea, ¿no?

-Sí, un poco. Pero no soy la única.

-¿Por?

-Creo que tu mamá esperaba otra cosa de mí.

-Es sólo un almuerzo. Nada más. No le des bola a mi vieja.

Ángel apareció en el comedor y detrás de él lo hizo Elena con una bandeja con la entrada. El dueño de casa abrazó a la invitada, tomó un chupín con el aperitivo y se sentó a la mesa junto a los demás. De entrada hubo pan redondo con sal y repollo marinado, al tiempo que se podía palpar en el aire el gratinado del pollo con verduras que se terminaba de cocinar en el horno.

Durante el plato principal casi nadie habló más que para felicitar a la cocinera y hablar de trivialidades. Al terminar, Elena comenzó a juntar los platos con los restos y Cintia la ayudó. Y mientras los dos hombres se dirigieron a los sillones ubicados frente al televisor donde estaban por transmitir la gran final, las mujeres terminaron de ordenar y prepararon el postre: unas frutillas con crema.

-Me dijo Rafael que trabajás en la estación de servicio de aquí cerca. A veces paso, pero nunca te vi. ¿Hace mucho que estás ahí? -preguntó Elena a la chica mientras terminaba de batir la crema parada junto a la mesada, al lado de la heladera.

-Hace unos dos años. Cuando terminé el secundario.

-Ah, mirá que bien. Pensé que todavía estabas cursando el quinto año.

-No, no, lo terminé. Me costó pero lo hice y sin que me quedara ninguna materia pendiente.

-Entonces podrías estudiar alguna carrera en la universidad.

-Sí. Me gustaría. Pero como nunca estuve muy segura de qué estudiar y necesitaba trabajar todo el día para ayudar en casa, no me metí en ninguna carrera.

-Yo creo que te convendría para poder aspirar a un trabajo mejor. Miralo a Rafa, por más que no le gusta para nada, ahora trabaja y estudia, como lo hizo su hermano Horacio ¡Qué lástima que no pudo venir con su señora y su hija!

Cómo va a venir si nadie te soporta, ¡vieja de mierda!, pensó Cintia, quien simulaba estar concentrada en colocar las frutillas en los potes de vidrio que le había acercado Elena.

Cuando las dos mujeres fueron con el postre listo hasta living comedor, el partido ya había empezado. Elena se sentó junto a su marido y ambos comieron en silencio. Cintia se acomodó al lado de su novio pero apenas dio un par de bocados de las frutillas con crema.

-¿Estás bien? –le preguntó un Rafa extrañado por la aparente falta de apetito de ella.

-No me siento bien. Me duele un poco la panza. Así que me voy a casa.

-¿No podés esperar a que termine el partido?

-No, se me cerró el estómago.

-Bueno, bueno. Termina el primer tiempo y te acompaño.

Entonces, la joven se ubicó en un rincón del sillón que compartía con su novio quien, a su vez, permanecía sentado en el borde, con el torso inclinado hacia delante, lo más cerca posible del televisor. Por su parte, Elena terminó de comer el postre, juntó los potes y avisó que se iba a la cocina a terminar de lavar.

Al cabo del primer tiempo, Rafa y Cintia saludaron a Elena y Ángel, agradecieron el almuerzo y se retiraron sin dar más explicaciones. Caminaron hacia la parada bajo el tenue brillo grisáceo de la tarde y tomados de la mano, pero callados, a la espera de que alguno de los dos decidiera quitarse la mordaza.

-¿Qué te pasa? -arrancó Rafa, serio.

-Nada. Me siento mal.

-No es eso. Te conozco. Algo malo te pasa.

-No es nada importante -dijo ella tratando de calmar los ánimos.

Rafa no insistió en ese momento pero al arribar a la solitaria parada y ver que el colectivo no llegaba perdió la paciencia.

-Fue mi vieja, ¿no? ¿Qué te dijo?

-Mirá Rafa, yo sé que vos no te llevás muy bien con ella y no quiero echar más leña al fuego, pero yo no vuelvo más a esa casa.

Estaba claro que estar en medio de dos extremos no era sólo una cuestión de genética para Rafael, quien había heredado los ojos claros, la piel blanca, altura y delgadez de su madre, por un lado; y el pelo ondulado y negro de su padre, al igual que las facciones toscas pero bien marcadas.

-¿Pero qué te dijo que te hizo poner así?

-Me trató de negrita, pobre y burra. ¿Te parece poco?

-Me parece que estás exagerando. No puede ser para tanto. Es una mina jodida pero no una bruja.

-Te juro que no exagero. Ojalá fuera mentira.

Rafa sabía que su novia no le mentía y, en el fondo, no le sorprendía que algo así hubiese ocurrido. No sólo por el fuerte carácter de su madre, sino también por la manera de pensar, algo resentida, de su suegra y que Cintia había heredado.

-Está bien. Te creo. Pero igual no te pongas así porque a tu mamá a mí tampoco me trató muy bien y me la comí.

-¿Mi mamá? ¿Qué te hizo ella?

-Ella piensa que yo soy un cheto que te va a cagar la vida como tu papá se la cagó a ella, a vos y a tu hermano.

-Eso no es verdad. Sabés muy bien que mi vieja siempre tuvo muchos problemas y que lo único que hace es cuidar de su familia.

-Todos pasamos por cosas de mierda pero eso nunca es una excusa para tratar mal a la gente. Acá, nadie le debe nada a nadie.

Cintia soltó la mano a su novio y siguió protestando por lo bajo mientras abordaban al colectivo. Y al sentarse en el fondo de la unidad el silencio se instaló otra vez entre los dos. En ocasiones anteriores, la pareja había zanjado esa distancia en la cama, por lo que a poco de iniciado el recorrido, él la invitó a bajar frente al hotel alojamiento ubicado al otro lado de la calle lateral de *Nuevo Milenio* y, con mucho esfuerzo y dolor de bolsillo, sacó un turno por dos horas en la habitación más barata.

Rafa estaba muy excitado y apenas cruzaron la puerta de la pieza se sacó toda su ropa en una rápida maniobra. Cintia apenas había dejado su campera y su cartera en un silloncito ubicado junto a la cama, cuando él la tomó por la espalda, le apoyó su pene erecto sobre la tela del jean y le mordió el cuello. Luego le lamió la oreja y empezó a recorrer con su lengua el resto del cuerpo de la chica hacia abajo y una vez que le bajó los pantalones y la bombacha la penetró por el ano. Nunca antes habían tenido sexo anal, por lo que ella sintió un pinchazo de dolor antes de dejarse llevar por el placer. El coito fue breve y Rafa acabó sobre los glúteos de Cintia, quien quedó muy lejos del orgasmo y tendida boca abajo en la cama, mientras su amante se recostaba sobre el sillón cubierto de sudor.

-¿Por qué sos tan animal a veces? -preguntó ella al tiempo que se limpiaba el semen con una toalla que había traído del baño.

A Rafa le molestó aquel intempestivo comentario y, cansado de discutir, sólo atinó a ponerse de pie y caminar hasta la cama donde se dejó caer de espaldas junto a su novia, quien ahora estaba apoyada a lo largo del costado derecho de su cuerpo, de frente a él.

-No soy una puta -siguió ella, pero él ni la miró y se quedó callado, con la almohada sobre su cabeza.

Rafa se sentía mal por cómo había actuado en aquel violento encuentro sexual y por primera vez desde que conocía a Cintia pensó que había llegado el momento de revelarle el porqué de su retorcida manera de ser. Pero no lo hizo creyendo que habría otra ocasión para hacerlo, más adecuada.

Es que él estaba viviendo una segunda oportunidad y no quería arruinarla porque la vida es muy sabia a la hora de mantener un equilibrio entre el bien y el mal, y por ello no suele dar una tercera chance. Revancha hay una sola y si la hay. Muchas veces ni alcanza para eso.

En definitiva, para Rafa, revelar su verdad no se trataba sólo de exponerse a la vergüenza y la humillación, sino de poner en riesgo todo lo que tanto le había costado conseguir.

VIII

Hacía mucho calor para entrenar a pesar de que ya era entrada la noche en *Scampia*. De todos modos, casi todo el plantel del *Nápoli* estaba presente ya que el sábado tenía por delante un partido clave frente al *Naranja* que iba puntero en la tabla y al que había que derrotar sí o sí para poder aspirar a obtener el campeonato. Es que el equipo napolitano llegaba con una racha de 11 partidos invictos desde el 0-1 en la primera fecha del Clausura ante *Deportivo Amistad*. En esa seguidilla exitosa habían conseguido seis victorias y cinco empates que los dejaban con muchas chances de alcanzar el tan anhelado sueño de dar la vuelta olímpica.

En el vestuario, los jugadores se preparaban pero faltaba Rafa, lo que llamaba la atención de sus compañeros, aunque no tanto de los que más lo conocían.

-Che, Naza, ¿sabés dónde tenía que ir Rafa? -preguntó Claudio.

-Creo que tenía el cumpleaños de la novia.

-Ah. Porque me avisó que no me venía pero no me dijo por qué.

-Y seguro que no quería que le insistieras para que se quedara a entrenar.

-Si pensó eso es un boludo. Igual, podría haber venido a entrenar y después se iba a lo de la novia.

-Se nota que no la conocés. Esa mina tiene muchos problemas.

-¡Qué cagada! Porque encima se perdió de jugar casi todo el campeonato. No pega una este Rafa.

-Y sí -respondió Nazareno. Igual, con todos los quilombos que tuvo Rafa, esto es una joda para él, pensó al tiempo que se ataba los botines.

Mientras los jugadores se terminaban de preparar para empezar la práctica, Leopoldo charlaba en un costado con Claudio, ultimando detalles para el gran partido

del fin de semana. El técnico no tenía muchas dudas sobre la alineación titular, a la que había introducido a un arquero joven y un zaguero con experiencia que había conocido en otros torneos: el adolescente Mateo Barrera y el experimentado Juancho, respectivamente. Y arriba, la fija era Julián Cardozo, un delantero talentoso, picante, goleador y con mucho huevo, que había entrado al equipo de la mano de Claudio, con quien tenía algunos asuntos laborales en común ya que el primero manejaba la empresa de Informática de su padre y hacía negocios con el laboratorio.

Desde su debut en el torneo, Julián había marcado siete goles: tres en la victoria 5-0 frente al *Rayo*, dos en el 5-1 ante *El Fuego* y otros dos en el 3-1 contra *Porter*. Pero este flaco y desgarbado, que llegaba a los partidos fumando, no sólo convertía sino que también les servía los goles a sus compañeros, en especial a Claudio, quien ya sumaba seis en el Clausura: dos en el empate 2-2 ante *Abogados*, otros dos frente al *Rayo*, uno en el 2-2 contra *Santana* y el restante en la victoria 3-1 sobre *Divertidos*.

Quedaba claro que el equipo estaba bien desde lo numérico y sólido desde lo defensivo, algo en lo que hacía mucho hincapié el entrenador. Así, *El Nápoli*, sin brillar en su nivel de juego, se había convertido en un conjunto serio, al que le hacían pocos goles y que atacaba con pocas variantes aunque de manera efectiva. Un duro hueso de roer, podría decirse.

El primer sábado de diciembre la temperatura era agobiante. El preámbulo del insoportable verano bonaerense se sentía más fuerte que nunca y en el cielo celeste, claro y liso, se dibujaba un sol tremendo en medio de aquella media mañana crucial. Rafa salió apurado del Profesorado y pasó a buscar a Cintia por la estación de servicios para ir juntos a ver el partido del *Nápoli*, aunque sea por un rato.

La pareja bajó del 84 y caminó casi al trote por la calle de tierra que llevaba a la cancha 3. Era un camino polvoriento y sinuoso, repleto de enormes pozos y que travesaba un monte en el que se levantaban las humildes casas de chapa y madera de los habitantes de ese sector de la ribera, propenso a las inundaciones, más habituales en otoño e invierno. La mayoría de esas personas eran, desde hacía muchos años, desocupadas y vivían de la pesca (el muelle estaba ubicado a unas pocas cuadras) o de criar gallinas y cerdos. Aunque en ocasiones hasta se podían ver caballos y hasta ovejas dando vueltas por los terrenos baldíos.

Cintia no se sorprendió al ver aquel escenario que no distaba demasiado de su pobre concepto de cómo era el nivel de vida promedio. “Y pensar que hay gente que está peor todavía”, señaló ella, mientras que el muchacho apuraba al paso para llegar lo antes posible y poder saludar a sus compañeros y desearles suerte antes de que comenzara el partido.

Al arribar al costado de la cancha, Cintia se quedó sentada debajo de uno de los sauces llorones ubicados unos metros atrás de los bancos de suplentes, en tanto que Rafa se dirigió rápidamente hasta el círculo central donde estaba reunida la mayoría de los jugadores del *Nápoli* que realizaban la entrada en calor y los saludó uno por uno. De sus compañeros, el más efusivo fue Daniel, quien lo abrazó fuerte y le dijo al oído: “Dale, tenés que volver. Te necesitamos.” Las palabras del aguerrido mediocampista se debían no sólo a la ausencia forzada de Rafa sino también a que Andrés había faltado a varios partidos de los últimos meses porque tenía que cursar en la Facultad.

El partido estaba por comenzar así que Rafa se fue a sentar al lado de su novia, sobre el pasto, aunque se moría por quedarse en el banco de suplentes junto a Gabriel y “Johnny”, un amigo del primero que se había sumado al plantel a partir de las bajas de

los chicos que estudiaban. Ambos jóvenes bromeaban con Julián, quien los deleitaba con alguna de sus anécdotas antes de entrar a romperla al terreno de juego.

Por su parte, Cintia, con el correr de los minutos, pareció cada vez menos interesada en el juego. Recién se entusiasmó cuando Claudio puso el 1 a 0 y Rafa pegó un salto y gritó el gol como un loco.

El marcador no se modificó durante la primera etapa y en el entretiempo Leopoldo pidió a sus jugadores que siguieran metiendo y buscándolo a Julián “largo y por afuera”. Rafa estuvo unos minutos en la charla técnica pero aprovechó la antesala del complemento para ir a comprarle un agua fría a su novia, quien sudaba y tenía el rostro colorado de tanta exposición solar.

El segundo tiempo arrancó como se esperaba, con un rival volcado al ataque y *El Nápoli* bien parado atrás y atento para salir rápido de contra. Pero *El Naranja* era un gran equipo y llegó al empate. Con el 1 a 1, Rafa tomó la botellita de agua ya vacía y la arrojó contra el suelo, insultando al aire.

La igualdad no era un mal resultado para ninguno de los dos, por lo que el desarrollo del partido se hizo más lento y trabado. Julián ya había cambiado sus chistes por sus enojos contra el árbitro, los rivales y hasta sus propios compañeros. Es que este *crack* pretendía, en vano, que todos jugasen como él.

Pero entró Leo quien, con apenas 16 años, marcó el 2 a 1 con un gol de cabeza al segundo palo, tras un centro pasado que sorprendió a la defensa rival que había quedado mal parada. Fue un gol pero se festejó como un campeonato. Los jugadores napolitanos se abrazaron entre todos y se montaron sobre el menudo goleador, incluso Rafa, quien, ya descontrolado, invadió la cancha.

El tanto de Leo fue definitivo ya que el partido terminó con la victoria del *Nápoli*. El plantel, desbocado, se metió rápidamente en el vestuario a instancias del

entrenador y desde afuera se pudo escuchar: “Qué de la mando del uruguayo, ¡todos la vuelta vamos a dar!” y “me parece que *El Naranja* no sale campeón, sale en Napo, ¡sale el Napo si señor!”.

La alegría es efímera o, por lo menos, sumamente más corta que la tristeza. Pero en el fútbol, a diferencia de la vida, hay más posibilidades de tomarse revancha. Quizás sea ésa la razón por la cual la angustia, el dolor y la bronca por una derrota 3 a 2 en un partido tan importante como el de la fecha 14 y ante un clásico rival como *Gavilán* duraron varios días y no una eternidad. Aquel encuentro fue una verdadera final en la que hubo un jugador que se vistió de héroe y villano al mismo tiempo. Se trató del Cordobés, quien no sólo marcó los dos goles de su equipo sino que se erró un penal y finalmente se fue expulsado por una violentísima patada voladora.

Si bien la caída había dejado al equipo casi sin chances de salir campeón, las matemáticas aún daban una luz de esperanza, mínima, pero esperanza al fin. Eso permitió que los entrenamientos de la semana fuesen un poco más soportables y llevaderos.

Rafa seguía masticando la bronca de haberse perdido casi todo el torneo; sin embargo, seguía yendo a cada una de las prácticas, inclusive la del jueves anterior al partido de la última fecha del torneo ante *El Puente*, en el que iba a ser de la partida ya que había terminado de cursar los sábados en el Profesorado.

El joven paladeaba un sabor agridulce luego del entrenamiento cuando recibió un llamado al teléfono fijo del buffet del club. Primero pensó que era su madre preguntando a qué hora iba a llegar para cenar pero se sorprendió al escuchar la voz nerviosa de Cintia. Es que su novia nunca lo molestaba al trabajo y menos cuando sabía que había entrenamiento, pero justo ése día habían quedado en salir a tomar algo por el

centro de Quilmes para aprovechar que la noche estaba agradable. Así que antes de pronunciar palabra, él ya esperaba que su chica cancelara los planes porque era tarde y al otro día ella tenía que levantarse temprano para ir a la estación de servicios. Sin embargo, la intuición le falló, aunque no tanto.

-¿Qué pasó, Cin?

-No voy a poder salir hoy. Nos vemos mañana o el sábado, ¿te parece?

-Pero, ¿por qué? Mirá que yo ya casi estoy listo y también tengo que acostarme temprano porque mañana curso -dijo él con un dejo de malestar.

-No es por la hora.

-Entonces decime qué te pasa porque se te nota para nada bien -el joven comenzó a impacientarse.

-Dejá, no importa. Después te cuento, más tranquilos -indicó ella tratando de que su novio entendiera que el problema no era él, ni alguna trivialidad de pareja.

-Pero contame, no me dejes así. Por ahí te puedo ayudar -continuó él más preocupado.

-Es mi hermano. Hoy tuvo un episodio y se puso muy mal.

-¿Le pasó algo? ¿Está bien?

-Él está bien ahora. Pero mi vieja se descompuso.

-¡Uy, qué cagada! ¿Y vos cómo estás?

-Maso. Pero me tengo que quedar con mi mamá.

-Seguro, te entiendo. ¿Querés que te haga compañía?

-No, no hace falta.

-Pero te escuchó mal. Mejor voy para allá, así no estás solita a cargo de todo - insistió el muchacho, quien creía conocer muy bien los dobles sentidos de su chica.

-Igual, mi hermano se fue con mi viejo. Así que está todo más tranquilo -dijo ella dejando la decisión final del otro lado de la línea.

-Listo, ya voy para allá -finalizó Rafa y, tras acomodar la ropa en el bolso, se fue a la parada a tomar el colectivo. Sin embargo, Andrés, quien había escuchado gran parte de la conversación, se ofreció a llevarlo en su auto hasta la casa de su novia porque él mismo tenía una relación bastante similar con su actual pareja y tenía experiencia en este tipo de situaciones.

Cuando llegó a la casa de Cintia, Rafa agradeció a su compañero, descendió del Fiat Vivace blanco, modelo 94 de aquel y caminó rápido hasta la puerta, donde su novia le abrió sorprendida.

-Qué rápido llegaste.

-Me trajo Andy. Por eso.

-Menos mal.

-Sí, sí ¿Cómo estás? ¿Qué pasó?

-Nada nuevo -Cintia cerró la puerta y se alejó unos pasos hacia la cocina-. Mi mamá estaba en el supermercado con Gustavo. Había ido con él para que paseara un rato porque estuvo todo el día mal, nervioso, agresivo. Y, de repente, cuando volvían, mi hermano salió corriendo por la avenida y mi vieja, que estaba con las bolsas, no lo pudo parar y se le perdió.

-No te la puedo creer -comentó Rafa mientras se acomodaba en una silla junto a la mesa y se tomaba la cabeza con ambas manos.

-Así que mi vieja se puso como loca y me llamó al laburo, llamó a mi viejo, a la Policía. Un quilombo bárbaro.

La joven todavía tenía tantos nervios que no podía quedarse quieta, por lo que se mantuvo de pie, dando vueltas por la cocina.

-Pobre tu vieja. Me imagino como se habrá puesto. La desesperación que sintió...

-Sí, terrible. Pero bueno, cuando yo pude llegar a casa, Gustavo ya había vuelto solo y estaba muerto de miedo, y mi vieja casi se desmaya, así que se lo llevó mi viejo y mamá se metió en la cama.

-Bueno, por lo menos nadie salió lastimado.

-Sí, menos mal -dijo Cintia con una voz que denotaba un agotamiento extremo, el cual había derivado en una cefalea que la perforaba desde frente hasta la nuca y no le permitía levantar el ceño.

Así que ella se tomó un analgésico y luego se sentó justo frente a su novio, quien se quedó callado, buscando en los recovecos de su mente alguna frase útil y afortunada ante aquella complicada situación. Cintia tampoco dijo nada y estiró sus brazos sobre la mesa hasta alcanzar las manos de Rafa que las tenía cruzadas sobre el borde de la fórmica. Entrecruzaron sus dedos y ella dejó caer su cabeza hacia delante, apoyándola sobre sus bíceps. Él acarició sus antebrazos y así, en silencio e impotentes, continuaron por un largo rato.

La tradición napolitana indicaba que al finalizar cada torneo, los jugadores del equipo y el entrenador se reunían a compartir un asado y bromas entre copas de cerveza, vino y fernet. Como en las ocasiones anteriores, la cena por la conclusión del Torneo Clausura se realizó en la casa de los padres de Nazareno y Marcos, en Ranelagh, la noche del sábado en el que el equipo había caído 4 a 2 ante *El Puente*, derrota que depositó al plantel en la sexta posición, lejos de la punta pero, al mismo tiempo, lejos de la colocación del campeonato anterior, lo que significaba un claro avance. Un 63 por ciento de los puntos (diez más que en el Apertura) hablaba por sí solo. Sin embargo, se

escuchaba aún más fuerte la unión de un grupo que estaba adquiriendo una identidad propia. Claudio seguía siendo uno de los goleadores (terminó con siete anotaciones), únicamente superado en una unidad por Julián, quien había sido uno de los goleadores de aquella jornada junto a Marcos.

Las brasas ardían en la parrilla abarrotada de carne fresca. Había asado, vacío, chorizo y morcilla. Y en la mesa, alrededor de la cual los jugadores bebían y reían, una picadita de pan, salame y queso.

-Che, ¿sabés algo de Rafa? Es raro que no haya venido todavía -preguntó Nazareno a Gabriel.

-Ni idea. A mí me había dicho que venía. Capaz que se le hizo tarde.

-Lo voy a llamar. Por ahí no tenía cómo venir y en una de esas le puedo decir a alguno de los chicos que todavía no llegó que lo pasen a buscar.

Nazareno fue hasta la cocina y llamó a la casa de Rafa. Allí, Elena le dijo que su hijo se había ido más temprano a lo de la novia y que no sabía si iba a volver o si después iba directamente al asado.

-¿Y? ¿Qué pasó? -preguntó Gabriel a su amigo mientras buscaba en el bajo mesada un bol para ir preparando la ensalada.

-Llamé a la casa y la vieja me dijo que se fue a lo de la novia. Yo no tengo el teléfono de allá, así que ya fue.

Apenas Nazareno colgó el teléfono sonó el portero eléctrico: era Rafa.

El recién llegado entró a la casa y saludó a todos sus compañeros que estaban en el patio y luego entró a hacer lo propio con Nazareno y Gabriel, quienes lavaban la lechuga y los tomates.

-¡Ey! Pensé que ya no venías. ¿Qué te pasó?

-Hola Gabi. Perdón por la tardanza Naza, es que tuve que resolver algunos problemas.

-¿Qué pasó? ¿Tu novia se puso densa porque venías al asado? –bromeó el anfitrión.

-¡Ojalá! Quilombos con el hermano.

-¿Otra vez? Andy me contó lo del jueves pasado. ¿Y ahora qué le pasó?

-La cosa está cada vez peor. Hoy le pegó a la vieja y a Cintia. Terrible. Así que estuve casi toda la tarde allá, conteniéndolas un poco. Encima el viejo esta vez se borró y el pibe está con ellas. Ahora, más tranquilo. Pero casi no vengo.

-¿Pero el flaco las lastimó?

-No, por suerte fueron sólo unos cachetazos. Pero tuvieron que sacárselo de encima con un palo de escoba.

-¡Epa!, se puso pesado el asunto. Pero bueno chabón, tranquilo. Ya está. Ahora, relajate. Tomate unos fernet con los pibes -le dijo Gabriel mientras lo palmeaba en la espalda con sus manos aún húmedas.

Rafa fue a sentarse a la mesa de afuera con el resto de sus compañeros y por unas horas se olvidó de sus problemas domésticos. Escuchó anécdotas sobre intimidades de futbolistas y peluqueros, de fiestas en bata celebradas en secreto en casas quintas alejadas y de primer nivel, y aprendió mucho sobre los hábitos sexuales de varios de ellos. Es más, a algunos los vio por primera vez con ojos que no tenían la forma de una pelota de fútbol.

Había pasado mucho tiempo desde que Rafa no compartía una cena tan relajada y divertida, sin recalar en que algo inesperado, vicioso y violento pudiese destrozarse la armonía. La preocupación era saber cuánto duraría aquella fantástica sensación. Si, acaso, esa noche era una simple reunión alrededor de una carne asada y unos tragos, o si

formaba parte de algo superior. De un cambio superador. Pero, ¡qué más daba! Lo importante era que se sentía más vivo que nunca.

Aquella calurosa noche de diciembre fue inmortal y mientras duró no le remordió la conciencia haber dejado a su novia sola ante la adversidad. Pero, en definitiva, eran los problemas de ella, no de él, que ya tenía suficiente con los suyos. Sin embargo, Rafa sabían muy bien una cosa: la factura siempre se cobra después, a veces, muchos después, cuando uno ya olvida qué es lo que debe pagar.